

El Baluarte

Subscription.—Sevilla: Un mes, 2 ptas.—
Un año, 20 ptas.—Provincia: Tres meses, 7'50
ptas.—Un año, 25 ptas.—Pago adelantado.
Número atrasado, 25 céntimos de peseta.

DIARIO REPUBLICANO

REDACCION Y ADMINISTRACION

Lagar núm. 5.

NÚM. 211

Sevilla—Sábado 13 de Septiembre de 1902

AÑO XXVI

CABILDEOS Y MAS CABILDEOS

Sigue imperando la política de campanario. Los personajes de la política militante viajan, conversan, cambian impresiones y cabildean unos con otros para preparar el pastel de una loca aventura exterior y de una política de opresión y de tiranía para dentro de casa.

¡A qué citar nombres de conferenciantes! Son los mismos de treinta años para acá, que temporalmente y por etapas de antemano convenidas se reparten el disfrute del poder, y con él todos los productos de esta granja y sus variados frutos.

Jefes de ingenio azucarero, tratan al pueblo español como manada de esclavos, ya privándole de los derechos de ciudadanía, ya arrebatándole los derechos constitucionales, suprimidos de hecho en Cataluña y moralmente en toda España, y disponiendo de sus haciendas para distribuir las proporcionalmente entre Roma, los tenebrosos extranjeros, los agiotistas indígenas y las grandes compañías nacionales y extranjeras que han clavado sus inmensos tentáculos en todas las fuentes de producción.

Esos políticos que cabildean, se reparten a mansalva toda la organización del Estado y cortan y rajan a su gusto y a su guisa, como si los demás españoles no fuéramos más que esclavos a su servicio.

En esos conciliábulos se concierta la labor parlamentaria, se ajustan los proyectos de ley que deben someterse al cuerpo legislativo, y de antemano se conviene también cuáles deben ser aprobados y cuáles otros tienen el destino de dormir el sueño eterno, de tal forma, que los gobiernos aquí no gobiernan sino asociados a un par de docenas de políticos de fuste, que son legisladores, jueces y árbitros de los destinos de España.

Es la eterna farsa y el eterno abuso de la mansedumbre del pueblo español, que acepta con estúpida resignación el vilipendio de ser esclavo de los que le han desbalijado los bolsillos, pisoteado su honra y autorizado la invasión de gentes extrañas que todo lo dominan, ya vestidos con el sayal frailuno, ya disfrazados con la máscara de fomentadores de industrias, organizadores de bancos más o menos agrícolas, pero todos ofreciendo pingües rendimientos, ya estableciendo compañías monopolizadoras entre las que figurará como modelo ese sindicato en proyecto que va a nivelar (?) los cambios.

Este es el fin de esos cabildeos, y a eso van todos los políticos que van y vienen, que confabulan en secreto, que se conciertan en las sombras para decidir de nuestras próximas desventuras y de la evidente ruina de la patria.

Irán a Madrid ó irán a San Sebastián el ministro ruso a ofrecer sus respetos al jefe del Estado, y mientras cambian los melosos saludos de la jetga cancelleresca, los cañonazos de las escuadras inglesas harán salvas de ensayo ante algunos puertos españoles, ni más ni menos que como saludaban a los fuertes de la Habana los buques norteamericanos unos días antes de la guerra.

A. A.

Murmuraciones

Hoy es el aniversario de la muerte de Felipe segundo...

—¿Lo ha visto usted en ta hojilla del Almanaque?
Sí señor, si no fuera por eso, no lo sabría. Yo no me cuido de esas cosas, y mucho más tratándose de un tío como aquí: tan católico, tan apostólico romano, que se incautó de todas las alhajas de la Iglesia, incluso los copones, y los vendió para concluir el Escorial.

El disgusto habido entre los directores de El Noticiero y de La Iberia ha tenido una solución satisfactoria.

A uno y a otro envío mi parabién. Pelillos a la mar, y... ¡que le entre la tos con volvas al primero que otra vez se dé por ofendido, tratándose de una nonada!
La mano, D. Sixto.
La mano, Juan José.
¿Quién me convida de los dos?

Anoche se reunieron en la Alcaldía los presidentes de los Casinos de la ciudad y varios concejales citados por el señor Alcalde, con el fin de acordar... que los coros Clavé se queden en Barcelona, por ahora.

Dicen los periódicos que en esto se ocupan que fué objeto de discusión el encontrar alojamiento a las quinientas personas que componen los coros susodichos.

Por decoro de Sevilla no deberían los colegas decir eso.
¡Ni que fuera Sevilla un aduar africano!

Ahora bien; si las dificultades del alojamiento se refieren a la parte económica, ya eso es otro cantar.

Pero, aun así y todo, se encontraría holgadamente.

Debe de decirse la verdad.

Y la verdad es que el erario municipal, ni ahora que estamos en Septiembre, ni mañana cuando llegue Abril, debe de gastarse cuatro mil duros—si no cuesta más—en traer a Sevilla ese espectáculo, al que yo no le niego su belleza, ni mucho menos, pero al que le aseguro que no logrará entusiasmarlos.

Los cuatro ó cinco mil duros que hayan de destinarse a los coros Clavé hacen falta para las escuelas públicas, que están establecidas en poblaciones.

Esos espectáculos de gran lujo se los pueden permitir aquellos pueblos ricos y bien administrados que tienen cubiertas todas sus necesidades; pero nosotros, no.

Y si quiere Juliá traer a Sevilla a quinientos paisanos suyos, que levante un empréstito por su cuenta, arriende un teatro y organice una temporada por secciones.

En Madrid, por nueve reales, una mujer ha matado a otra, dejando heridas algunas más... Es exacto lo que nos dijera Dumas, el señor don Alejandro: en los Pirineos empieza Africa... ¡No hay que dudarlo!

Vuelve a ponerse sobre el tapete la jefatura del partido liberal.

Sagasta quiere deshacerse de ella por el trabajo que da, pero quiere conservarla por los beneficios que reporta.

Esto es: pretende ser una especie de León trece dentro de la iglesia fusionista, dándole a Moret el cargo de Rampolla.

Los regalos, las preeminencias, las oraciones, los ditirambos encomiásticos, para él.

El manejo de la manada, los disgustos y berrenchines, la diplomacia y el corretaje, para Moret.

Enterados.

Constantino Piquer la emprende contra los socialistas católicos modernos, esos que andan predicando la humildad y la pobreza después de cobrar, por la predicación, su tanti cuantí.

Y hombre veraz y de fino instinto, hablando en republicano, escribe:

«No predicamos nosotros la caridad, la humildad y la pobreza. No engañamos a nadie diciendo que cuanto más se sufra en este mundo más beneficios y más recompensas se obtendrán en un cielo imaginario.

Queremos, al contrario, que todos coman, que todos gocen, que todos disfruten de los bienes de la tierra, puesto que nadie ha venido a confirmarnos todavía que exista esa otra vida de que nos hablan los taumaturgos de cogulla. Claro está que, al desear el bienestar de los demás, también trabajamos por el nuestro. Lo más frecuente, sin embargo, es que en lugar de obtener alguna recompensa por nuestros esfuerzos, nos traten de visionarios ó de locos y concluyan por negarnos el agua y la sal. Más resultados positivos obtendríamos, sin duda, si en vez de engañar a los humildes, nos prestásemos a ser actores en la inmensa farsa que se viene representando hace siglos en provecho de una minoría de pillos.

Hay personas tan estúpidas, que creen ó fingen creer que todos los que se titulan republicanos ó socialistas han de renunciar por obligación a toda clase de comodidades, y después de repartir todo lo que ganen entre los pobres, han de vivir en una choza como salvajes, sin otro atavío que un taparrabos.»

Si señor, es cierto, ciertísimo lo que usted dice.

Y ahora no tanto, porque, a pesar de los pesares, la gente se va cepillando.

Pero aquí era muy común entre ciertas gentes el que los republicanos no debían llevar la camisa limpia en tanto hubiera otro republicano que la llevara sucia.

Estaba prohibido abogar por el bien de la humanidad y pensar como hombre de sano corazón si no repartía usted enseguida aquello que había ganado con el sudor de su frente.

Y se criticaban, por los pillos y por los hipócritas, muchas cosas que ya se consideran naturales.

Yo no sé si esto se debe a la ilustración barata, ó a la ilustración cara.

Lo que sé es que lo que digo es verdad.

Y que los hombres que antes no se llamaban republicanos por miedo a que le echaran en cara que tenía reloj, hoy lo confiesan a la faz de la gente y lo mantienen con la entereza que da la convicción.

—Lo que yo tengo—dicen—es mío, porque lo he ganado honrada y dignamente; y no hay ácrata ni anarquista que pueda convencerme de lo contrario; porque si ellos abominan de la propiedad, yo, republicano, el día que atenten contra ella, no me haré conservador, ni reaccionario, porque aborrezco el poder personal, sino que, como republicano que soy, saldré a defenderla con las armas en la mano...

Hay que hablar así.

Y cuando así se habla es porque las convicciones han arraigado dentro del corazón.

Al que sea malo, que lo fusilen.

En el Círculo Católico de Madrid estaban varios jóvenes católicos leyendo el Catecismo y jugando al dominó en los extractos.

Sobre qué era el Espíritu Santo y sobre dónde se colocaba el seis doble se entabló discusión, y uno sacó un crucifijo y otro sacó un revólver, y... ¡pum! el del crucifijo cayó muerto.

Ya sé yo que los obreros sevillanos, a quienes andan *cataneando* los llamados de la Liga no se dejan llevar; pero ahí tienen un ejemplo de lo que son los Círculos Católicos de quietanto le hablan.

Tabernillas sin montañés, en las que no se fía, porque son los curas los que las dirigen.

Y los curas, como todos sabemos, son partidarios del... palmo hecho, palmo pagado.

Y cuando hay duda, el dinero por delante ó no se abren las puertas de la Gloria.

La prensa de Sevilla anuncia que D. José Terner y Fraile ha salido para Madrid.

Lo que no dice es a qué y por qué va.

Va... por el gobierno civil de Toledo.

Porque como Toledo está en alto y él es pequeño de cuerpo, allí cree que estará a buena altura.

Yo celebraría que se lo dieran.

Porque los chiquillos toletinos ó toledanos, al verlo pasar, les darían en el cogote diciéndole:

—¡Hola, compañero!

Ahora hagan ustedes el favor de leer este telegrama, que se refiere a un ministro del Señor:

«El cura de Torrecilla de Cameros, Victoria-no Valdecantos, se ha declarado autor de un crimen realizado en la persona de una joven bellísima llamada Cayetana Martínez, que se había resistido a conceder al padre de almas determinados favores.

De cómo ocurrió el crimen se dice lo siguiente:

El día primero fué Cayetana al pueblecito de San Román para comprar vino.

El cura, que se había escondido en un matorral del camino, se arrojó sobre la joven, asediándola de seis puñaladas en el cuello que casi le separaron la cabeza del tronco.

Después regresó al pueblo tranquilamente.»

Después de leer lo anterior diréis:

—¡Pero eso no es un cura, sino un animal!

¡Las dos cosas! ¡Las dos cosas!

No es incompatible el ser muy animal con ser cura.

Al contrario.

Está permitido, tolerado, retribuido y ensalzado.

La Biblia, en su versículo 45 (San Mateo), dice:

«Omni curi animalia debet essere.

¡Hasta allí!

CARRASQUILLA.

La bata

No hablan de ello los principales periódicos de París, órganos de Iglesia, es decir, subvencionados por la casa editorial *Jesús and Compagne limited*; pero las gacetas del barrio latino, esas alegres hojas nacidas en la mesa del café y al calor de un buen trago de ajeno, esas cuentan la «historia de una bata», con todos sus pelos y señales y guiñando el ojo.

Dijo no sé quién, «que no hay hombre grande para su ayuda de cámara», y que las eminencias en *robe de chambre*, es decir, en bata, están muy cerca de ser los más vulgares del mundo.

Donde dice hombres léase hembras y hembras reinas. ¡Pobre señora y ex... aquel! Se va a París, contrata unas cuantas gruesas de vivas! y un par de docenas de aclamaciones de á cinco suses (los francos están muy altos, y más en España, donde la franqueza está tan baja), va un día á Versalles, visita los palacios de la austriaca María Antonieta (harto más bella y más interesante antes de la guillotina, en la guillotina y después de la guillotina), come y almuerza, paga su cuenta y vase como en las comedias. Mas ¡ay! Que según refiere un periódico, en el hotel se dejó olvidada una bata... Supongo que el propietario cantaría inmediatamente aquello de:

«Me voy á hasé una bata.

Aleli, aleli,

Con vivos coloraos.»

¡Una bata! Después de haber perdido durante tanto tiempo los papeles (léase colonias), perdido á su país, etc., etc., quiere dejarlo desnudo del todo y pierde la bata. Porque España, ante Europa, ya, si no lleva taparrabos de milagro, viste de rigurosa bata.

RODRIGO SORIANO.

Ginebra, Septiembre 1902.

ALQUILADO

Quien arrienda la tierra, esquilma el suelo. Quien toma la lana por un tanto, esquilma la oveja al rape. Quien alquila la vaca, agota la ubre. Es la ley del interés individual. Si el arrendatario de las cédulas personales ó el de los consumos, verbo y gracia, oprimen, vejan, persiguen y anonadan al contribuyente, no hacen sino seguir aquel natural impulso. Para explotarnos, que no para hacernos respetar nuestro derecho, le fuimos dados en arriendo.

Siempre que el dueño de una cosa quiere vivir sin trabajar, la alquila. En esta relación jurídica, más ó menos viciosa y falsa, el monopolio, que es inherente al uso de la cosa por su dueño, se toma abstractamente como un derecho aparte, que se trasmite temporalmente por precio. Así nacen la renta y el interés, formas legales de vivir á expensas del trabajo ajeno. De esta suerte el capital, destinado por la naturaleza á ser instrumento de trabajo, se transforma para el dueño en título de ociosidad.

Pero, en fin, se trata del amo. Mientras las leyes consagran la propiedad quirritaria, hasta llegar á la monstruosa paradoja jurídica que se expresa en esta frase contradictoria «el decreto de abusar», el dominio privado traerá aparejados, no esos solo, sino mayores excesos. Lo verdaderamente inexplicable es que un administrador arriende su administración. Y cuando, como sucede en la recaudación de los impuestos, la materia explotable es verdaderamente inaudita, es como si el administrador de una finca fuese y ¡zas! la alquilara al propietario.

De un derecho tan torcido, sólo entuertos se pueden seguir. No es lo peor que el Estado arrendante declare así su incapacidad, su nulidad, su impotencia y dé á sus funcionarios pública patente de negligentes é ineptos, cuando no de corrompidos y venales, proclamando *urbi et orbi* que cualquier particular, sin más que sus privados recursos, puede recaudar los tributos con mayor provecho que los miembros de la colosal máquina administrativa. Al fin y al cabo, si ello es así, bueno que el Estado reconozca modestamente la triste verdad. Lo grave es que esa incapacidad de la administración sea causa de la servidumbre de los administrados. Porque lo que el Gobierno viene á decir á los contribuyentes, siempre que arrienda un servicio público, es poco más ó menos lo siguiente: «Como yo y mis subordinados no conocemos nuestros deberes, ni sabemos cumplirlos; como no servimos para el paso de aquí porque te entregamos en manos de un arrendatario autorizado para sacarte hasta la entraña.»

Aun todo ello fuera tolerable si el Estado, una vez que ha cobrado lo suyo, dejase que allá se arreglaran como Dios les diera á entender cobradores y paganos. Semejante neutralidad es imposible. El arrendatario carece de medios bastantes para sojuzgar al contribuyente rebelde. Menester es que el Estado venga en su ayuda. Y

entonces pasa esta cosa enorme. La fuerza pública se pone contra el público al servicio de un particular. La ganancia de la empresa, más o menos lícita y legal, englobada con el impuesto, adquiere el carácter obligatorio y sagrado de un tributo. Todos los institutos armados tienen por misión hacer al contratista el caldo gordo. Nadie puede negarse a enriquecerle sin infracción del orden público. Y el negociante, así transformado en tirano, manda fuerza, allana domicilios, prende ciudadanos, huella derechos, quebranta leyes, atropella Constituciones, ni más ni menos que si, en vez de trivial arrendatario, fuese un César redentor, un restaurador inspirado o un brazo de la Providencia.

Triste cosa es, sin duda, ver la libertad y el derecho sucumbiendo a las airadas manos del cesarismo. Pero al menos esos atentados suelen tener cierta grandeza. Un César da la gloria, otro otro ofrece el sosiego. Aun allí donde las reacciones no son más que negocios, cúbrense siquiera la apatencia invocando grandes intereses políticos. Los propios golpecillos de Estado de los Cesares de menor cuantía tienen generalmente su excusa. Se trata siempre de salvar alguna cosa: el orden, la paz, las instituciones, la fé de nuestros bisabuelos, el turno pacífico. Más desplorable aún que todo esto es que los ciudadanos españoles hayan de renunciar a las garantías constitucionales, cuando por casualidad están vigentes, con el exclusivo objeto de rellenar el bolsillo de un estimable especulador.

A bien que este despotismo del recaudador es la revelación de todo el secreto de un régimen. La política restaurada coge al ciudadano, le subasta y le alquila. Administra al país como se administra un feudo. Adjudica al contribuyente por un tanto con sus derechos y todo, como puede adjudicarse una finca con sus anejos. Su único objeto es cobrar y lo demás es lo de menos.

Si no forzosamente implicado en ella, el sistema del arriendo va de suyo con la monarquía. Todo el fundamento de la institución secular consiste precisamente en la confusión entre lo privado y lo público. Convertir un servicio administrativo en negocio particular entra de lleno en su espíritu. Donde el poder es patrimonial, bien puede ser arrendable la libertad. Donde la soberanía es hereditaria, bien puede ser el derecho materia de alquiler. En sus buenos tiempos la monarquía legó a la nación en testamento, abjudicóla abintestato, donó comarcas, vendió colonias, cedió al extranjero territorios con sus moradores adjuntos.

Justo es que ahora, sus parciales, en este siglo decadente, puedan permitirse al menos la licencia de dar en alquiler a empresarios activos los súbditos del rey.

Aún tenemos que agradecer a los gobiernos restauradores el que se limiten a alquilarnos y no nos vendan.

ALFREDO CALDERON.

PARISIANA

En un periódico francés leemos un hecho que no deja de tener gracia y que nos recuerda nuestro tan acreditado *timo del portugués*.

Es el caso que dos ricos negociantes, los señores B... y V... muy conocidos en Nantes, tomaron el sábado último el expreso de aquella villa para dirigirse a París, donde también tienen importantes negocios; al llegar el tren a la estación de Angers, subió al mismo departamento un joven y elegante matrimonio, sin duda recién casados, a juzgar por lo cariñosos que estaban el uno con el otro. Pronto simpatizaron comerciantes y recién venidos é hizo general la conversación y la confianza.

—Lleva usted un precioso saco de viaje—dijo la bella dama dirigiéndose al señor B.—¿No teme usted que se lo roben?

—Oh, no hay cuidado!—con esto sonriendo el comerciante, nantés—cuido yo más de él que de mí mismo; figúrese, señora, que soy corredor de brillantes y llevo en ese saquito por valor de más de 200,000 francos en alhajas.

Al llegar a la próxima estación, Aubrais, descendió del coche el marido, obligado por una necesidad perentoria, y el tren se puso en marcha sin esperar su vuelta.

La pobre mujer no quería nada menos que atrojarse por la ventanilla con tal de reunirse con su desventurado marido. Por fin, y no sin grandes esfuerzos, lograron calmarla un poco ambos comerciantes, haciéndola comprender que, de allí a dos horas pasaría otro tren en la misma dirección y que en él podía su marido continuar el viaje a París. No muy tranquila aún la desdichada señora, rogó a sus nuevos amigos que se hospedasen por el momento en el mismo

hotel que ella, porque tenía miedo de llegar sola a París; su esposo les quedaría reconocido a tan señalado favor. Aceptaron los comerciantes, y apenas llegados al hotel recibió la bella dama un telegrama de su marido, en que éste le decía:

«Está tranquila: torcíme pie querer alcazar vagón. Imposible continuar hoy; llegaré lunes.»

Lloró y se desesperó la buena señora Clemencia de Forbier, que así se llamaba, y corrió a buscar consuelo entre los brazos del señor B., cuya habitación se hallaba muy próxima a la suya; los consuelos que el buen comerciante la prodigó duraron hasta bien entrado el día siguiente. Tuvo necesidad de ausentarse de la habitación por un instante el pillo y afortunado señor B., y ¡horror! al entrar de nuevo en el cuarto notó que la afligida señora había tomado la del humo en compañía del saco de viaje donde se hallaban los 200,000 francos en alhajas...

Pero, es lo que decía monsieur B., apretándose el vientre con ambas manos para no reventar de risa:

—Pues me divertí si llego a ser realmente corredor de brillantes. Gracias a que el saquito no contenía nada más que dos camisas, dos pares de calcetines, un peine y un cepillo de dientes.

Buenas reflexiones se le ocurrirían al joven y elegante matrimonio cuando, en sitio seguro, procediesen a abrir el preciado y bien ganado saco.

J. V. DE V.

El palacio y la cabaña

Frente al palacio de soberbia traza, en cuya fachada principal brilla el mármol, se levantó la choza miserable.

El dueño de la aristocrática mansión descansa en blando lecho; en tanto que el habitante de la choza se revuelve entre un montón de paja sucia y polvorienta. El silencio es absoluto y tan absoluto como el silencio de la obscuridad.

Durante muchos años una muralla de espesas sombras se interpone entre las dos viviendas.

Al hacerse la luz, las puertas del palacio se entreabren y dan paso a un brazo blanquísimo y redondo, cuya mano sostiene un enorme talego repleto de aurífero metal.

Casi al mismo tiempo sale de la choza otro brazo; un brazo curtido por el aire y por el sol, que empuña con rabia una piqueta formidable.

Como el palacio y la cabaña, los dos brazos se encuentran frente a frente.

Y dice el brazo del trabajo, encarándose con el del capital:

—Esconde ese oro, que es un insulto a mi pobreza; escóndelo porque mi paciencia se agota.

Y el capital replicó:

—¿Por qué lo he de esconder? Sólo el error puede haberte dictado la palabra insulto.

—Ha sido la razón.

—No lo creas. Tu vida depende de mi oro.

—Porque soy tu esclavo.

—El progreso ha roto tus cadenas.

—Las arrastro aún.

—Sus eslabones se llaman hambre, fatiga y desnudez. Para mí no existen los placeres. En cambio, tú comes, bebes, gozas y haces de la vida un festín sardanapalesco. Eres el mal; por eso quiero destruirte.

—Soy el bien, puesto que forjo el poderío y la grandeza de los pueblos. Yo impulso la mole gigantesca que surca los mares; yo perforo el monte de granito y doy paso a la audaz locomotora; yo arranco a las entrañas de la tierra incontables tesoros; yo encauzo el río que fecunda los campos; yo uno los mares y acorto las distancias; yo construyo la máquina que ayuda al hombre ahorrándole penosas labores; soy el progreso, en fin, puesto que doy forma a cuantas puede concebir la mente humana.

—Mientes.

—No.

—Voy a probarte la mentira. Sin mi esfuerzo no construirías el buque, ni perforarías la montaña, ni abrirías la mina, ni encauzarías el río, ni unirías los mares, ni montarías la máquina que, lejos de ayudar al brazo, anula al hombre.

—Reconozco tu esfuerzo.

—Entonces, ¿por qué no recompensas más largamente mi labor? ¿Por qué, mientras carezco de lo necesario, gastas en lo superfluo?

—Yo arriesgo mi oro.

—Yo desgasto mi vida.

—Culpa al destino.

—Te culpó a tí.

El diálogo prosigue, la disputa se agria y,

ante la actitud amenazadora del brazo del trabajo, se retira el capital.

Entonces la piqueta empieza a hundirse con furia en los espesos muros de la aristocrática mansión.

Al ruido de sus golpes acuden muchos brazos; tantos, que en su número resulta incontable.

Este empuña un martillo, aquí su azadón, el otro una esteva; todo es un instrumento de trabajo.

Atemorizado el capital, se esconde en el último rincón de su vivienda.

Cuando a la actividad, que es vida, reemplaza el quietismo, que es muerte, el brazo de la justicia hace su aparición.

El del capital y el del trabajo acuden a su llamamiento. Ved mi balanza—les dice—está en el fiel. Y agrega: *Capital*, deposita en el platillo de la derecha tu egoísmo; *Trabajo*, pon en el de la izquierda tu demanda.

Obedecen los dos; pero el desnivel continúa.

—Quita, egoísmo, *Capital*—grita con voz severa la *Justicia*—¿no observas que la aguja dista mucho de estar en el fiel?

Y a fuerza de repetir la orden, logra que el peso del egoísmo disminuya un tanto.

—Basta por hoy—exclama el *Trabajo*.

—¿Y por mañana?—replica el *Capital*.

—Mi balanza seguirá funcionando—agrega la *Justicia*.

DANIEL COLLADO.

De actualidad

San Sebastián.—Firmose nombramiento de Polanco para gobernador de Sevilla.

Placas de San Hermenegildo a varios jefes y generales del Ejército y Armada, entre los que figuran Montes Sierra, Azón y Aznar.

Gran cruz de Alfonso XII al escultor Querol y encomienda de la misma orden al catedrático Navarro Ledesma.

Cambio de destino de coroneles y tenientes coroneles de la benemérita.

Del Ferrol marchará a San Sebastián el crucero *Cisneros*.

En el almuerzo con que obsequió a Mandas Almodóvar hubo larga conferencia de ambos, a que se concede importancia.

El político francés Derouledé despidióse de sus amigos en San Sebastián con un almuerzo, ensalzando a los reyes y a la hospitalaria España.

Ve con simpatía la aproximación de España y Francia.

Marcha a Madrid para evitarse manifestaciones de los orfeones y bandas francesas é individuos nacionalistas.

Dícese que fracasaron los trabajos para un gobierno Moret apoyado por Sagasta y entrado Romero y otros elementos.

A Murcia ha llegado el cadáver del obispo, acompañado desde Albacete por canónigos y otras personas.

Se ha instalado la capilla ardiente en el palacio episcopal.

San Sebastián.—Tetuán ha cumplimentado a los reyes.

Agravóse la Reina de Bélgica; los médicos han sido llamados con urgencia.

En Grenoble (Francia) ha habido ciclón y pedrisco: destrozos y heridos.

Valencia.—Un grupo de republicanos asaltó la imprenta del semanario carlista *La Lucha*, rompiendo las formas y destrozando tipos.

Témense otros incidentes.

Inclán posesionó al coronel Marvá de su cargo en la Sección de Industrias.

A Málaga llegó Silvela; recibióle numerosos amigos.

Fez.—En el entierro de la madre del Sultán éste mostróse emocionadísimo.

Siguió a pié el cadáver.

La población hizo manifestación de duelo.

Díaz de Mendoza proyecta que se den en el Teatro Español seis conferencias para vulgarización de la historia del Teatro.

A cada conferencia seguirá una representación de la época que se exponga.

La primera conferencia la dará Canalejas y se representará *La Celestina*.

El Centro Consultivo de la Armada ha puesto que se complementen las compañías que guarnecen los arsenales, aumentándolas hasta 350 plazas.

Inclán proyecta la creación de inspección de servicios: seis para obras, dos para puertos ferrocarriles y otra aguas.

Han sido detenidos en Barcelona 7 anarquistas y 3 obreros que coaccionaban.

Trabajan la mayoría de los albañiles.

El duque de los Abruzzos visitó a las autoridades.

Mañana le obsequiará el Ayuntamiento una gira a Tibidabo.

San Sebastián.—Ha hecho explosión un tren de las obras del tranvía, resultando cuatro heridos.

Los demócratas de Bilbao, preparan un banquete en obsequio de Canalejas.

Esperan declaraciones políticas.

Rodríguez ha recibido Telegramas de varios puntos diciendo que la bala de los cambiadores matará la exportación.

UN VENCIDO

Y el joven me habló así:

—Me declaro vencido y me voy... Me voy pero no volveré más, sacudiendo el polvo de mis zapatos... ¡Oh, Madrid ha sido muy cruel conmigo, me ha hecho sufrir mucho y siento una necesidad de descansar!...

En dos años—¡qué convencional es la medida del tiempo!—he agotado toda mi juventud, he gastado toda mi vida. Llegué joven y me marchó viejo. Tengo treinta años y he vivido doscientos. ¡Imagínese usted si seré desgraciado!

Alfredo de Musset llamó a la duda el mal del siglo. ¡Dudar! ¡Qué felicidad! El que duda todavía cree. Y yo no creo en nada, porque los jóvenes de mi época no hemos perdido nuestro tiempo en dudas sino que lo hemos negado todo sistemáticamente desdennando el análisis y el juicio.

¡Es tan cómodo pensar con el cerebro de los demás! ¿A qué tomarse la molestia de tener ideas propias pudiendo vivir de las ajenas? ¡Mientras Alemania, Inglaterra y Francia continúan produciendo filósofos...!

Para esta generación, neciamente descreída, no hay nada indiscutible; la verdad es uno de tantos convencionalismos, y nos pasamos la vida preguntándonos los unos a los otros el por qué de todas las grandes cosas.

Somos pesimistas por educación, no por convicción; odiamos la vida y hemos perdido la esperanza en la muerte, y sin fé y sin ideales, desilusionados y aburridos, apostrofamos a la vez al cielo y a la tierra, a Dios y al Hombre...

Nada hay verdad; todo es mentira; la familia, el amor, la amistad, el Arte, la Ciencia... Así lo hemos convenido, así lo hemos decretado soberbiamente. ¿En qué creer, pues?

Compádezcamos a nuestra desgraciada generación. ¿Qué podrán producir esos jóvenes entecos, sin sangre, sin músculos, sin fuerzas, sin energías físicas, enfermos de todas las enfermedades, consumidos por la vida y sin haber vivido! ¿Qué podrán producir, repito, si no creen en nada, sino son esclavos del amor ni del odio?

Vea usted toda nuestra literatura moderna, esbelta y seca como tierra maldita, sin un árbol, sin una planta, sin una flor. No hemos creado nada y hemos intentado destruirlo todo. ¡Insensatos!

Nuestros poetas, falsamente desesperados, marchan por el mundo cantando sus mentidas tristezas, con los ojos llenos de lágrimas hipócritas, inconsolables, mirando al cielo con desesperación y rechinando los dientes de rabia.

La copa llena de hiel y de vino con que se embriagaba Byron se halla en todas las manos y se brinda con ella por el Dolor y por la Muerte.

La mujer es menospreciada y se habla de ella unas veces con asco y otras con el ardor, puramente sensual, de la injuria en fiebre, no viendo en ella más que a la hembra impura y maldita, incapaz de amor y hasta de la maternidad.

Todo ha venido abajo al impulso de nuestro pesimismo, y con el corazón seco y el cerebro vacío cruzamos por la vida como autómatas, sin fe en nada, sin deseos de nada, impotentes para el bien y para el mal.

¡Dichosos los que podemos huir de este mundo falso que han creado para su uso exclusivo los artistas de nuestra época!

Yo he vivido engañado por ellos durante dos años, y he renegado como ellos de la vida y lo he negado todo.

Pero afortunadamente he tenido un momento de inspiración, como San Agustín, y me he horrorizado de la imbecilidad de mi existencia.

¿Que a dónde me voy? ¿A cualquier parte! ¡Los ojos, muy lejos de estos lugares de perdición. A vivir en plena naturaleza, apartado del trato de los hombres, sin otra compañía que yo mismo.

Pero... ¿lograré curarme? ¿Podrá sanar mi espíritu y mi cuerpo? ¿Podré volver a recobrar la perdida razón y ser un hombre normal como lo era antes?